

**o  
r**

# Ediciones

**el orientador revolucionario**



**21** 1967

ANO DEL  
VIET-NAM HEROICO

**HAYDEE HABLA DEL MONCADA**

**o  
r**

---

HAYDEE  
HABLA DEL  
MONCADA

*Charla ofrecida por la compañera Haydée  
Santamaría sobre el asalto al "Cuartel  
Moncada", en la Escuela de Ciencias Poli-  
ticas de la Universidad de La Habana.*

*13 de julio, 1967  
"Año del Viet Nam Heroico".*

## INTRODUCCION

En la historia de Cuba, probablemente no haya otra fecha tan cargada de trascendencia como el 26 de julio de 1953, si se exceptúa el 10 de octubre de 1868. Esta última vio nacer la guerra de independencia contra España, cuyo centenario celebraremos el año entrante, y que sería la última librada en nuestro continente contra el viejo colonialismo, encarnado en el imperio español. El 26 de julio de 1953, por su parte, inició la rebeldía armada contra una situación tiránica en el país, y fue abriéndose hasta convertirse en la primera fecha de la nueva independencia latinoamericana, ésta vez frente al más poderoso imperialismo de la tierra. Todo lo que atañe a esta fecha, pues, tiene una honda significación no sólo para nuestro pueblo, sino para el continente bolivariano en su conjunto. Y pocos testimonios sobre ese día, tan conmovedores, veraces y hermosos, como el que nos ha dado una de sus protagonistas decisivas, la compañera Haydée Santamaría. Invitada a charlar sobre la fecha con los estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana, el día 13 de julio de 1967, estando presentes también familiares de los mártires del Moncada, evocó con dolorosa transparencia los hechos enormes y los acontecimientos simples de aquellas horas en que se decidía el destino de nuestro pueblo, trazó admirables semblanzas de algunas de sus principales figuras y destacó la limpieza y la devoción con que se acometió aquella tarea. Aquí está también expresada magistralmente la continuidad de nuestra historia: "Y si les digo esto es porque el orgullo de ser marxista-leninistas no nos ha quitado el orgullo de ser martianos; no nos ha quitado el orgullo de decir que Bolívar tenía una razón que puede realizarse, de pensar que se va a realizar, y de saber que no sabemos cuánto tiempo tardará, pero se hará. ¡Porque hay Bolívars también en este continente, vivos, siguiendo la enseñanza de Bolívar!" En la sencillez y en la serena grandeza de este texto encontrarán los lectores una fuente imprescindible y un ejemplo.

Compañeros:

Cuando se nos invitó a venir aquí a hablar sobre la fecha del 26 de Julio, como siempre nuestra primera reacción fue negarnos. Eso nos ocurre siempre, porque, en primer lugar, son catorce años hablando de algo que, aunque sea infinito, siempre es difícil hablarlo...

En mi caso, he dado algunas entrevistas también, bastante informales, aunque después los periodistas las hayan formalizado con la habilidad que deben tener en eso. Pero hablar en público, sea pequeño o grande, nunca lo he hecho.

Ocurre que no tengo mucha facilidad para hablar: no es la cosa que más fácil me resulta hacer en mi trabajo. Tal vez es más fácil hablar cuando se habla del trabajo diario, en lo que se trabaja, en lo que se hace, en lo que se produce, en lo que se crea. Y hablar de algo que pudiéramos decir que no fue producir, no fue crear, no fue hacer, sino que es un crear distinto al que hacemos hoy... Por eso nos es mucho más fácil hablar de nuestro trabajo, de cualquier trabajo, de cualquier cosa que sea de estos ocho años para acá.

Muchas veces nos decimos: "¿Por qué nos va a ser difícil hablar de algo que no nos fue difícil hacer?" Pero no nos podemos nosotros mismos contestar eso. Hay veces que cuando se hace algo como fue ese hecho, creemos haber, si no olvidado, tratado de olvidar, y nos damos cuenta de que no es así. Entonces a nuestra mente vienen tantos recuerdos y pensamientos, que van mucho más aprisa de lo que podemos expresar, y es difícil poder expresar lo que se piensa tan aprisa, porque son mil pensamientos a la vez y nada más que se puede decir uno.

A nosotros nos sucede algo con las fechas, porque lo que se ama vive siempre, pero la fecha también trae algo a nuestro recuerdo, a nuestro sentir, que nos hace más difícil hablar. Porque en estos días pensamos que hace 14 años cayeron —aunque quedaron para siempre en la historia y en los hombres— un grupo de héroes a los que conocíamos, a los que queríamos.

I

Hemos vivido cosas como todos los cubanos, unas más grandes, otras más pequeñas, pero todas con un sentido profundísimo. Nos hemos preguntado por qué razón, si hemos vivido después del Moncada, la Sierra —antes de la Sierra, la clandestinidad—, después un 1959, un Girón,

cosas enormes, ¿qué razón hay para que el Moncada sea algo distinto a lo otro? Y esto no quiere decir que podamos querer más a uno que a otro.

Yo algunas veces he dicho —no sé si en alguna entrevista o con alguna persona con quien he hablado— que a mí esto se me reveló muy claramente cuando nació mi hijo. Cuando nació mi hijo Abel fueron momentos difíciles, momentos iguales a los que tiene cualquier mujer cuando va a tener un hijo, muy difíciles. Eran dolores profundísimos, eran dolores que nos desgarraban las entrañas y, en cambio había fuerza para no llorar, no gritar o no maldecir. Cuando ocurren dolores así, se maldice, se grita y se llora; ¿y por qué se tienen fuerzas para no llorar y maldecir cuando hay dolores? Porque va a llegar un hijo. En aquellos momentos se me reveló qué era el Moncada. A pesar de aquellos dolores, de aquella cosa que creíamos, sentíamos pérdida, de aquel dolor, más dolor que cualquier dolor, ¿cómo no maldecíamos y cómo no llorábamos y cómo estábamos serenos? Pensamos que únicamente por la llegada de algo grandioso, se pueden resistir esos dolores.

La llegada del hijo, el hijo que esperamos, no se puede recibir llorando, ni gritando. Sobre todo cuando decía de lo primero, también hablaba del primer hijo. No se quiere al primero más que al segundo ni más que al último; pero sí el primero es distinto: no estamos preparadas para recibirlo, no sabemos si resistiremos los dolores, no sabemos si seremos buena madre, no sabemos si sabremos criarlo. Y eso nos produce una cosa distinta al segundo y al tercero y a los que vengan después, porque ya sabemos que si podemos resistir, que si sabemos criar; queremos a ese segundo o tercero igualito que al primero, pero ese primero es lo inesperado, es para lo que una no está preparada.

Y ahí se me reveló muy claramente qué había sido el Moncada. No era el hecho que más pudiéramos amar, ni el más grande, pero sí el primero, ese primero que no sabíamos cómo podíamos enfrentarnos a él, hasta dónde seríamos capaces de resistir. Y tal vez íbamos preparados para ver morir, para dejar allí a los que debían haber vivido muchos años. Pero también surge lo inesperado: no estábamos preparados para vivir lo que vivimos allí.

Hasta aquellos momentos sabíamos que podían existir cosas terribles, habíamos oído hablar mucho de lo que eran capaces los hombres. Pero nuestra fe en los hombres siempre nos hizo pensar que eran hombres; por nuestra fe en los hombres no podíamos pensar que una sociedad podía convertir a hombres en monstruos. Y fue un choque, un dolor, una alegría, que cambió nuestra vida totalmente; tanto, que siempre hablamos de antes y de después.

Cuando hablamos muy naturalmente de cualquier cosa insignificante, decimos: "Esto nos pasaba antes", o decimos: "Esto nos pasaba después." Y ese antes y ese después es antes del Moncada y después del Moncada.

La transformación después del Moncada fue total. Se siguió siendo aquella misma persona, pudimos seguir siendo aquella misma persona que fue llena de pasión, y pudimos, se pudo seguir siendo una apasionada;

pero la transformación fue grande, fue tanta que si allí no nos hubiéramos hecho una serie de planteamientos, hubiera sido difícil seguir viviendo o por lo menos seguir siendo normales.

Allí se nos reveló muy claramente que el problema no era cambiar un hombre, que el problema era cambiar el sistema; pero también que si no hubiéramos ido allí para cambiar tal vez a un hombre, no se hubiera cambiado un sistema.

Allí pensamos cuánto podíamos seguir haciendo y la enorme voluntad que teníamos que seguir teniendo. Porque recordamos siempre —lo recordamos como si fuera ese primer día— cuando Abel nos decía: “Después de esto es más difícil vivir que morir, por lo tanto, tienes que ser más valiente tú que nosotros; porque nosotros vamos a morir y ustedes, Melba y Haydée, tienen que vivir, tienen que ser más fuertes que nosotros, es más fácil esto que lo otro.” Aquello nos ayudó a pasar las horas más terribles que podamos haber vivido, pero también nos ayudó a vivir.

Tal vez sea, para ustedes los estudiantes, un poco difícil comprender el por qué, ya que hoy todo es distinto, ya que hoy ir al combate es distinto. Hoy vamos al combate con todo el respaldo de un pueblo, con todo el respaldo de los seres queridos. Allí nos preparábamos para un combate, no con ese respaldo del pueblo que pudiéramos haber tenido o no haber tenido —no sabemos—; ni siquiera con el respaldo de la familia. Y es difícil prepararse para un combate así.

Hoy nuestros padres se sienten orgullosos de vernos coger un rifle para ir a combatir al enemigo. En aquellos momentos éramos unos locos, en aquellos momentos llevábamos el dolor a las personas que tanto queríamos; y sentíamos el dolor de quedar y que no nos comprendieran, sentíamos el profundo dolor de quedar y de que nuestros niños nos recordaran como una locura, como un grupo de locos.

Esto no quiere decir que no tuviéramos fe en nuestro pueblo y en nuestros niños, pero es que los hechos quedan, cuando quedan, también del hecho, algunos hombres firmes. Porque el Moncada se hace grande por la firmeza de los que mueren y por la firmeza de los que viven. El Moncada no hubiera sido nada sin la firmeza de los que murieron y sin la firmeza de los que vivieron.

Y ese temor lo teníamos, y esa preocupación la teníamos: si quedamos todos, ¿cómo pensarán de nosotros por lo menos estos primeros años? Aquel dolor era profundo, era infinito, porque íbamos a darlo todo e íbamos a obtenerlo todo.

Sabemos que haber ido allí no fue tampoco una cosa heroica, sino un privilegio. Muchas mujeres, si hubieran tenido la oportunidad que tuvimos nosotros de tener cerca un Abel, un Boris, un Fidel —y tantos, que nombrarlos sólo sería una lista interminable—, hubieran podido ir. No tuvieron ese privilegio.

Pero era difícil también. ¿Qué muchacha hoy de 18, 20 ó 25 años tiene ese temor? El temor no es de empuñar el rifle, el temor es de qué dice su hijo si no empuña el rifle, el temor es de qué dice su sobrino pequeño si no empuña el rifle; ése es el temor de hoy.

Recordamos que en aquellos momentos para nosotros era una preocupación tremenda qué diría de nosotros una sobrinita, que en aquellos momentos tenía dos años, cuando fuera mayor. Aquella niña significaba para Abel y para mí mucho, y nos preocupaba qué pudiera decir. ¿Qué distinto es hoy! Hoy la preocupación es cuando mi hijo Abel le pregunta a su padre: "¿Y por qué tú no te vistes de verde olivo?" Por eso he querido expresar esto, para que entiendan también, qué distintos eran los tiempos.

En aquellos momentos un hijo podía decir: "Mi padre no me quería, me dejó, se fue allá, me dejó sin comer, me dejó sin casa." Porque era en aquellos momentos. Pero en estos momentos —¿qué distinto es!— el hijo pregunta: "¿Eres vanguardia, fuiste al campo, fuiste a Girón, eres miliciano, por qué no vistes de verde olivo?" Hoy nuestros hijos nos empujan más todavía, a pesar de la mucha pujanza que podamos tener nosotros.

Allí era el dolor, era el dolor de oír decir a Tassende, José Luis: "A mi hija, que siempre la quise; que no la abandoné; que por lo mucho que la quiero vine aquí." El no tenía la seguridad de que su hija iba a saber eso, en cambio lo decía y lo repetía.

Oíamos a otros compañeros cuando decían: "Tal vez mi madre crea que no la quiero porque le doy este dolor, y tal vez en este momento la quiera más que nunca la he querido." Hoy para las madres, el orgullo es distinto, aunque el dolor sea igual.

Ahí nos ponemos a pensar qué difícil era aquello y qué contradicción, porque con qué facilidad hacíamos todo. Y poco tiempo en nuestras vidas ha podido ser más feliz que cuando aquel pequeño grupo nos preparábamos para el Moncada. No sabíamos qué iba a ser el Moncada, pero no importaba, porque de todas maneras sería un Moncada.

Pocas veces hemos podido ser más felices, que cuando grupos como aquél, un grupo pequeño... Sobre todo tal vez esté recordando en este momento a los que visitaban en 25 el apartamento que teníamos Abel y yo, que por no tener trabas familiares, que por no tener problemas de ninguna clase, todo iba allí, todo se hacía allí. Allí vivimos, no momentos tristes; allí vivimos días, meses, tal vez como nunca jamás hemos vivido. Porque después la lucha fue mayor, los grupos fueron mayores, y la lucha se extendió para suerte de todos en la Isla entera.

Pero al estar concentrados, al ser un grupo, concentrados allí en aquel pedacito de apartamento —porque era un pedacito de apartamento—, cabíamos todos, comíamos todos, vivíamos todos, y éramos felices todos. Nunca hemos saboreado comidas más sabrosas que aquéllas; nunca hemos compartido como compartíamos aquella pequeña cosa. Cocinábamos para 5 y llegaban 20, y los 20 comían, por lo menos sentían que comían, porque era muy poco lo de cinco para veinte; porque ya lo de cinco también era escaso. Pero la alegría de estar allí todos, la alegría de compartir todo... En aquel pedacito dormíamos todos y cabíamos todos. El suelo nos parecía a todos los colchones que más muelles puedan tener en la vida.

Por eso les digo que fue fácil, aunque el pensamiento de la familia, el pensamiento de lo que se avecinaba, el pensamiento del dolor y —lo más

duro tal vez— de la incomprensión, también venía a nuestras mentes, a la mente de todos; aunque sabíamos que el deber era aquél y que tarde o temprano nos iban a entender, o por lo menos teníamos que pensar eso.

A aquel apartamento, que recordamos siempre lleno de vida, que recordamos siempre lleno de hombres, nos ha sido difícil volver a ir, nada más que porque nos tortura pensar que ahí no hay vida.

Hoy está arreglado, se arregló como en aquellos días, ¡pero no hay vida! Tal vez, si en vez de arreglar eso así solamente, hubiera vida, fueran estudiantes, estuviera siempre lleno, viéramos vibrar allí a aquellos mismos hombres —que hoy son éstos—, fuera fácil ir allí. Pero no podemos nunca pensar que no hay vida donde hubo tanta vida.

De allí —como muchos o todos sabrán porque lo habrán leído muchas veces— se partió en distintos grupos a Santiago. Si allí hubieran podido quedar grabadas tantas conversaciones, tantos hechos y tanta vida, sería algo inmenso; porque por mucho que se hable, por mucho que se quiera decir, hablar de tanta vida no se puede ni en cien años.

## II

Pudiéramos recordar tantas conversaciones; recordamos a tantos compañeros llenos de felicidad y preocupaciones. Porque era distinto a hoy, compañeros, era muy distinto a hoy; todo era muy distinto a hoy.

Para comprar el rifle, para comprar las balas, había que dejar de comer; tenían nuestros compañeros que dejar de fumar; tenían que dejar de tomar la tacita de café que valía tres centavos, para comprar aquellos pedazos de rifles y aquellas cuantas balas; había que pasar mucha hambre para poder adquirir tan poco. Pero lo más grande es que nunca sentíamos hambre. Hoy tenemos el mejor rifle, la mejor bala, y también la comida. Hoy ninguno de los que están aquí, de los que viven en nuestro país, se va a un hecho sabiendo que deja a sus hijos en la miseria. Todos saben que van a un hecho y que pueden morir, pero sus hijos serán hijos de héroes, serán hijos de la patria, tendrán educación, tendrán padre, tendrán madre, ¡tendrán dignidad!

Los que iban allí dejaban a sus hijos sin padre, sin escuela, sin comida, sin casa, y solamente iban en busca de la dignidad. Y dignidad no se encuentra en tan poco tiempo ni es tan fácil.

Pero todos pueden imaginar esos momentos. Todos los que aquí tengan hijos, piensen que van a ir a un hecho, y al otro día, su hijo no tiene qué comer, no tiene leche, no tiene escuela, no tiene padre. Fijense qué distinto es todo. Hoy tiene escuela, tiene padre, tiene bandera, tiene luz, ¡tiene a Fidel!

Si insisto en eso es para que entiendan bien; porque los años a nosotros mismos nos transforman, y muchas veces pensamos: "Pero, ¿por qué padecemos tanto?" Y es porque hoy todo es distinto. Hoy iríamos a combatir y yo no diría lo que dijo Pepe Luis; yo sabría que mis hijos tendrían madre, yo sabría que... Únicamente que todos nos convirtiéramos en polvo. Pero si no fuera así, sabría que mis hijos tendrían

escuela, tendrían maestros, tendrían universidades a las que vendrían a estudiar; tendrían tanto como lo que hoy tiene la hija de Pepe Luis, y Pepe Luis no lo sabe.

### III

Después ya vinieron hechos como el desembarco, pero estábamos más preparados para todo, aun para que nuestros familiares nos entendieran y nos ayudaran.

Porque no se puede sufrir más que cuando una madre o un padre creen que un hijo es loco porque va en busca de la muerte y no de la vida. ¡Allí íbamos en busca de la vida y no de la muerte!

Es fácil comprender eso hoy, y era fácil para nosotros comprenderlo; pero no para todos. Y no para nuestros propios familiares.

Fuimos al Moncada con aquella misma pasión con que hoy vamos a cortar caña, con esa misma pasión con que vemos nuestras escuelas llenas de niñas y niños del campo. Porque cuando fuimos al Moncada, vivíamos todo esto en nuestras mentes. No sabíamos si lo veríamos, pero aquella seguridad de que vendría, la teníamos. Y por eso íbamos en busca de la vida y no de la muerte.

Pero de todas maneras, aunque no queramos admitirlo, la muerte lo tronchó y, por minutos, lo devoró todo. Hubo momentos allí en que nada más que veíamos y sentíamos la muerte por todas partes. Y queríamos encontrar la vida y no podíamos. Hubo momentos allí en que no podíamos conformarnos con que viviera el que no tenía que vivir y que muriera el que debía de vivir.

Pero también hubo los momentos tal vez más vividos que se hayan podido vivir. ¡Porque nunca he visto resistir con más fortaleza y con tan poca cosa para defenderse!

Cuando se pelea en cierta igualdad de condiciones o con un apoyo total de los hombres buenos de la tierra, es distinto; pero cuando se pelea casi con un palo y sin el apoyo de esos hombres buenos —porque no sabían que peleábamos, ni por qué peleábamos—, resistir es más grandioso.

Narrar cosas de allí, podrían narrarse muchas. Por eso les digo que a nosotros nos es difícil, porque no sabemos lo que ustedes quieren escuchar, o si tal vez ustedes piensan que todo lo que narro es demasiado trágico.

Yo no soy trágica, ni allí ni aquí. Mi temperamento es bastante informal. Cuando digo informal, inclusive es para reunirme... Tengo fama entre mis compañeros de no poder llevar una reunión, de ese tipo de reunión formal, analítica; porque no es mi temperamento. No soy triste, ni allí ni aquí, ni antes ni después.

Pero de todas formas hay una gran verdad: hablar de aquello es hablar más que de la llegada de un hijo, porque fueron muchos hijos a la vez, en un mismo parto; y fue el dolor de recibir muchos hijos en un mismo parto.

Allí tuvimos momentos en que al no saber de Fidel, queríamos en realidad desaparecer. Estábamos allí con tal seguridad de que si Fidel vivía, vivía el Moncada, que si Fidel vivía, vivirían muchos Moncadas, que si Fidel vivía, se encontrarían muchos Renato, muchos Gómez García, muchos Pepe Luis; si Fidel no vivía, existían, pero, ¿quién los descubriría como los supo descubrir él? Y al saber que Fidel vivía, vivimos nosotros, vivió el Moncada, ¡vivió la Revolución!

#### IV

**ESTUDIANTE:** Nosotros quisiéramos rogarle que usted nos narrara más detalladamente cómo fue que ustedes supieron que Fidel vivía, porque nosotros hemos leído algo sobre eso, pero quisiéramos oírlo de sus labios.

**HAYDEE SANTAMARIA:** Nosotros, Melba y yo, aun en el propio cuartel, teníamos alguna esperanza de que Fidel estaba vivo, porque se decía que Abel era el jefe de aquello, y teníamos la seguridad de que si había muerto Fidel y lo habían encontrado allí, sabrían inmediatamente que Fidel era el jefe.

De todas maneras, después de dos o tres días —no recuerdo cuántos días estuvimos en el cuartel, creo que fueron tres, no recuerdo bien—, nos llevaron para el vivac. A Melba y a mí nos tenían separadas de los demás grupos. Nosotras no sabíamos bien a cuántos habían asesinado; o quizás no lo sabíamos porque no queríamos saberlo. Y recordamos que nosotras estábamos en un alto, no sé por qué nos bajaron, por unas escaleras —no recuerdo bien, no sé cómo era todo aquello porque no conocía el cuartel—, nos llevaron a un sótano y allí vimos a un grupo de compañeros y miramos. Quisimos mirarlos a todos a la vez para saber quiénes vivían y quiénes habían muerto; y buscaba muchas caras: buscaba a Fidel, buscaba a Abel, buscaba a Boris. Melba también buscaba a muchos, y entre ellos a Abel, porque lo quería tanto como lo podía querer yo. Sabíamos que Abel y Boris no podían estar allí; pero los buscábamos. Teníamos la duda de si estaba Fidel y no lo vimos.

Así nos llevaron para el vivac y estuvimos allí no sé cuántos días. Ahí perdimos un poco la conciencia del tiempo, del día, de la noche, de la muerte y de la vida, porque allí no sentíamos ni padecíamos; estábamos más allá de lo que era morir o vivir, que es peor que vivir o morir.

Un día vimos un movimiento y nos asomamos por una reja. Habría que saber la composición de aquella celda que estaba en altos y la entrada era en bajos; había un patio en el medio, como son las casas de Santiago, que tienen un patio central. Estábamos creo que en un primer piso; la entrada por donde entraban allí las personas, daba exactamente a la puerta de nuestra celda. Podíamos mirar aunque por pedazos, no totalmente: si queríamos ver los pies, teníamos que agacharnos más; si queríamos ver la cabeza, teníamos que subir más.

En una de éstas, oímos algo y nos asomamos, y vimos a Montané. Yo no lo reconocía porque estaba sin espejuelos; imaginense, barbudo y flaco.

Pero de todas maneras Melba enseguida supo que era Montané. Yo casi no lo quería creer y no quería quitarle esa ilusión a ella, pero mirando y mirando vi como que buscaba y me di cuenta de que efectivamente era una persona que no veía sin espejuelos. Pensé: "Ese es Montané"; y le dije: "Melba, es Montané".

Cuando Montané apareció allí, ya esperábamos a Fidel, porque ya en esos momentos no teníamos esperanzas de que nadie llegara.

No sé cuántos días, si 8 ó 9, habíamos pasado en aquella celda, y no llegaba nadie. Creíamos que todos habían sido cogidos por las montañas, porque ya si teníamos conciencia de que no habían sido asesinados en el Moncada, y pasaban días y días y no aparecía nadie. Sabíamos que con lo que ellos habían partido no podían resistir; podrían luchar un día cuando más. ¿Cómo podrían resistir a aquel ejército con aquellas cuatro balas con que habían partido para las montañas? Y creíamos que no aparecerían.

Pero al aparecer Montané, se nos reveló que Fidel también podía aparecer. Ya desde aquel momento no nos separamos un minuto de aquella reja. No nos dijimos ninguna de las dos que esperábamos; nos clavamos a aquella reja en una forma que, aun cuando nos traían la comida, y había que sacar una vasija por entre la reja para que echaran allí un poco de algo —sacábamos aquella cosa llena, la vaciaban y la volvían a llenar, o no sabíamos si la devolvían igual— nosotras no teníamos conciencia de nada de lo que ocurría por allí, por aquel pasillo, en aquel plano esperando a Fidel.

Creo que pasaron dos o tres días desde que apareció Montané hasta que apareció Fidel. Y allí esperamos y esperamos, aferradas a aquellos hierros, hasta que un día también sentimos unos pasos, unas voces, todo más alto, más grande, es decir, algo distinto pasaba en aquel pedazo de sala: caminaban muchos, gritaban muchos, algo grande ocurría. Y si algo grande ocurría, ¿qué podía ser? No lo dijimos ninguna de las dos, pero las dos pensábamos: "¿Es Fidel!"

Hasta que en un momento veo unas manos, unas manos en movimiento, unos dedos; no sé por qué, pero era la mano de Fidel. Y no sé si lo dije alto o bajito, si lo grité o lo pensé, pero sí dije: "Melba, ¿es Fidel!"

Si lo pensé, Melba me adivinó el pensamiento; y si lo dije bajito, me oyó, porque ella miró más, buscó más y entonces me agarró y me apretó y me dijo: "Yeyé, ¿es Fidel!" Era casi imposible creerlo, aunque nunca pensamos que pudiera haber muerto tanta vida.

Cuando me dijo: "¿Es Fidel!", creí que a Melba también la ilusión la había llevado y decía que no, que no podía ser. No sé cómo Melba me indicó, qué me dijo; me llevó y le vi la cara. ¡Y era Fidel!

Ya en aquel momento en que Fidel apareció, en aquel mismo minuto en que Fidel apareció, ya o podíamos morir o vivir. Pero no era aquello otro que habíamos sentido las dos que había en las dos, que no era vida ni era muerte: allí ya no nos importaba vivir o morir, porque ya podíamos o morir o vivir. Pero si salimos de aquella cosa —que hay que vivirla para saber lo que es— que es no estar muerto ni estar vivo. Y ya, desde aquel mismo minuto, sentimos las dos que no importaba vivir o morir, ¡porque ya el Moncada estaba vivo!

Pero vivimos y seguimos viviendo las dos con aquella misma pasión que nos llevó al Moncada y con esa misma pasión que hoy todos ustedes tienen por el Moncada, por la Revolución, por Fidel; que todo se une para ser una misma cosa.

## V

No vamos a decir que fuimos al Moncada a hacer una revolución socialista. No es verdad. Por lo menos, en este momento, hablo muy personalmente. Fuimos allí con la idea de hacer un cambio, de que hombres mejores gobernarán, y de que los hombres no robarán; pero no de hacer ese cambio. Allí fue cuando precisé el cambio. Pero si fuimos allí, si no para hacer un cambio radical, si para hacer un cambio, y si para decirle a nuestra Patria, a nuestro pueblo: "Hay quien muere por la bandera", por esa misma bandera que hoy tenemos, por esa bandera que hoy amamos aunque la vemos más internacionalista.

Allí no fuimos con esa idea. No sabíamos mucho de cambios tan profundos, pero sí sabíamos que queríamos esto, que era esto; lo que no podíamos precisar cómo era, y sabíamos que con Fidel precisaríamos cómo era y lo haríamos como debía ser, como nuestro pueblo quería que fuera, y que nuestra bandera seguiría siendo nuestra bandera aunque fuera internacionalista.

Allí fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Martí, con las ideas de Lenin, con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución de Bolívar, con la revolución del Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el continente que Bolívar quiso unir y quiso hacer.

Por eso, compañeros, les digo esto. Porque somos marxista-leninistas, nuestra bandera la amamos, nuestro himno lo queremos, porque es un himno de combate y se hizo en el combate, no se hizo en la paz. El himno que se hace en la paz no es un himno, no es el himno de una nación, no es el himno que representa a un pueblo; pero nuestro himno se hizo en el combate, y por hacerse en el combate es combativo y no tenemos que cambiarlo. Nuestra bandera surgió en el combate, se pintó y se hizo en el combate, y por hacerse en el combate es nuestra bandera, porque no la hicimos en la paz. Y cuando digo la paz, digo la paz que deseamos; no digo la paz que nos quieren imponer. Somos marxista-leninistas, militamos en un Partido Comunista, en un verdadero Partido Comunista, donde nuestros militantes están produciendo lo que el pueblo necesita, donde nuestra Juventud Comunista está produciendo lo que nuestros niños necesitan y está estudiando y está produciendo. Porque no se han hecho comunistas en una escuela y con un libro, se han hecho comunistas trabajando, produciendo, creando y estudiando; militamos en un Partido Comunista del que nos sentimos orgullosos, al que sí siempre quise pertenecer. Y nuestro Partido es orgullo de nuestra América. Pero ese Partido es así

porque su militancia produce y no solamente se dedica a estudiar en escuelas con comida, con cama y con agua fría; porque estudia bajo el sol y produce bajo el sol, porque es la necesidad. ¡Así se forma un comunista!

Y si les digo esto es porque el orgullo de ser marxista-leninista no nos ha quitado el orgullo de ser martianos; no nos ha quitado el orgullo de decir que Bolívar tenía una razón que puede realizarse, de pensar que se va a realizar, y de saber que no sabemos cuánto tiempo tardará, pero se hará. ¡Porque hay Bolívares también en este continente, vivos, siguiendo la enseñanza de Bolívar!

Así que, si allí no nos llevó la idea de hacer una revolución socialista, la experiencia y la necesidad nos enseñaron que era la única vía para darle a nuestro pueblo la verdadera libertad.

Y encontramos en aquel Moncada y en tantos Moncadas la verdad:

¡La verdad es el comunismo!

¿Cuándo se puede hacer? ¿Quién lo puede decir? Porque mientras haya un pueblo que necesite de nosotros, el comunismo, con toda su abundancia, no se puede hacer aquí; mientras haya un niño que muera porque no tiene leche, no podemos hacer el comunismo. Ahoza, eso no quiere decir que no se hará... ¿No es esa la verdad?

¡Con profundas raíces martianas, hoy consideramos y creemos que somos marxistas...!

## VI

**ESTUDIANTE:** Compañera Haydée: yo quisiera formular una pregunta con relación a la víspera del ataque al Cuartel Moncada. Nosotros quisiéramos conocer cuál fue la impresión más fuerte que usted recibió esa noche del 25 de julio antes de procederse al ataque al Cuartel Moncada.

**HAYDEE SANTAMARIA:** Si me situara ahora, pudiera decirte otras cosas. Si quieres que vaya a aquel momento y que me sitúe en aquel momento, era como quien va a su fiesta de quince años. Aquella noche fue una de las noches de más alegría. Aquella noche no puedo decirte qué fue lo que más me impresionó, porque todo era impresionante.

Aquella noche me impresionó que no sabía qué iba a pasar, pero sabía que sería algo grande. No sabía si vería más el sol de mi Patria, que solamente por eso merece la pena vivir; pero sabía que si no lo veía, era grande también.

Aquella noche fue la noche de la vida, porque queríamos ver, sentir, mirar todo lo que ya tal vez nunca más miraríamos, ni sentiríamos, ni veríamos. Todo se hace más hermoso cuando se piensa que después no se va a tener. Salíamos al patio, y la luna era más grande y más brillante; las estrellas eran más grandes, más relucientes; las palmas, más altas y más verdes. Las caras de nuestros compañeros eran las caras de algo que tal vez no veríamos más y que tendríamos toda la vida.

Por eso la cosa más fuerte era que todo era más hermoso, todo era más grande, todo era más bello y todo era más bueno. Nosotros mismos

nos sentíamos mejores, nos sentíamos más buenos. Pensábamos en nuestros padres y los veíamos más buenos; no recordábamos si alguna vez nos regañaron y nos pegaron injustamente.

Pensábamos... Pensaba en mi sobrinita y la encontraba la niña más bella de la Tierra, porque tal vez no la volvería a ver y no la volvería a tener. Y todo era más bello, infinitamente bello. La noche era más linda, era como algo que merecía verse toda la vida, y a lo mejor ya no veríamos más.

Miraba a Abel, y me confortaba pensar que tal vez no le vería más, pero no tendría la necesidad porque yo tampoco viviría. Pero de todas maneras, lo miraba.

Mirábamos a Fidel, y si había algo que nos decía que sí viviría, que él sería tal vez el único que viviría; porque tenía que vivir. Y lo mirábamos pensando que si no lo veríamos más, ¿cómo podríamos dejar de mirarlo un minuto?

Compañeros, tal vez es distinto ir a un combate hoy o tal vez no, tal vez sea igual. Pero por lo menos en aquel momento, de verdad, lo que más había en mí era toda la belleza que había en la naturaleza, que había en el ser humano. Todo lo encontrábamos tan bello, que hasta unos taburetes de los que dos o tres días antes nos reíamos porque no servían, en aquellos momentos antes de partir, ¿qué hermosos eran!

Así que creo que si me dices qué cosa veía con más profundidad, era todo: porque todo era bello.

## VII

ESTUDIANTE: Compañera Haydée: nosotros quisiéramos que usted nos explicara qué experimentó después de conocer que el ataque al Moncada había fracasado.

HAYDEE SANTAMARIA: Compañera, tal vez a ustedes les parezca que esto no es verdad, pero —les digo con sinceridad— es verdad: ¡Nunca pensé que el ataque al Moncada había fracasado!

## VIII

ALGUIEN DEL PUBLICO: Hace rato yo tenía el propósito de hacerle una pregunta, y usted en parte ha hablado sobre ella. Sin embargo, creo que no soy yo solo, sino que muchos estamos interesados en saber una cosa.

Por ejemplo, usted dijo al principio que precisamente, a partir del Moncada, ustedes tomaron conciencia de que no bastaba con la sustitución del gobernante, sino que era necesario sustituir el sistema. Después explicó que ustedes fueron allí siendo martianos y que lo siguen siendo, pero que posteriormente son marxista-leninistas, como tantos otros que con posterioridad nos hemos comprometido con el desarrollo de la Revolución.

Sin embargo, lo que nosotros quisiéramos saber —porque es una experiencia personal— es esa readaptación psicológica en la profundización de la conciencia que significa ese cambio de ser marxistas, con lo que implicaba la propaganda que se hacía alrededor de que el comunista era anti-dios, antipatriótico y todas esas cosas: ¿Fue una dolorosa experiencia esa, de ir profundizando en su conciencia hasta convencerse de que mediante el marxismo era como se podía hacer la felicidad de Cuba? Ese proceso de readaptación, particularmente en usted, ¿cómo se produjo? ¿Mediante la lectura, círculos de estudio? ¿Cómo fue que llegaron ustedes a ese convencimiento del marxismo-leninismo?

**HAYDEE SANTAMARIA:** Mire, compañero, en este caso tengo que hablar muy personalmente.

Nada que es y que se nos plantea en la vida como una necesidad, es doloroso. Entonces, nos planteamos la necesidad, y la transformación fue normal, como el que va creciendo, como un niño que nace y no sabe caminar, y primero se para, después camina, después corre, después tiene diez años, después quince y después veinte. A nosotros muy personalmente, se nos fue presentando así; yo no puedo hablar en nombre de ningún compañero en este caso.

Primeramente el cambio tenía que ser total; por lo tanto, lo nuestro tenía que ser nuestro. Y la necesidad era que fuera nuestro; y como la necesidad no es dolorosa, pues ya está.

Después seguimos haciendo tareas, funciones, y fuimos viendo la necesidad de hacer un hombre nuevo, una conciencia nueva. Pensamos: "¿Cómo se hace?" Pues transformando también el sistema, y que el sistema sea capaz de transformar al hombre. Pues hay necesidad de una doctrina para transformar al hombre, y nos fue fácil encontrarla. Lo que yo no quería era una doctrina falsa; yo no aceptaba, ni antes ni después, una doctrina falsa. Porque en mi caso personal, compañero, para mí ser comunista no es militar en un partido; para mí ser comunista es tener una actitud ante la vida.

## IX

Aquí tengo un papelito en que me preguntan qué puedo decir del pensamiento político de Abel, y sus proyecciones.

Abel, por desgracia, murió en su primer hecho, por lo tanto, muy rápido. No fue de los compañeros que murieron después en el desembarco, o después en Girón, como ha sucedido mucho; que muchos de los que fueron al Moncada después murieron en la Sierra Maestra, o en Girón, y por lo tanto la transformación en esos compañeros se hizo igual que en todos nosotros.

Pero Abel era un muchacho muy estudioso, y Abel, aunque tenía ideas que pudiéramos llamar —o llamábamos en aquel momento— de izquierda, encontraba siempre respuesta en Martí. ¡Porque hace catorce años de esto!

Entonces en Martí estudiaba, leía a Martí, y a través de Martí fue buscando otras cosas que ya no trataban solamente de su patria o de América Latina. Quería saber algo más de otros continentes. Entonces leyó a Lenin y a Marx, dentro de lo que se podía leer en aquel momento en que no había ni mucho tiempo, ni dinero para comprar libros, ni para encontrarlos siquiera.

Yo creo —porque aquí hay que adivinar un poco también— que Abel en aquel momento se planteaba que había que transformar a Cuba; pero también se planteaba que no se podía dejar morir a Cuba. Y dejar morir a Cuba era seguir hablando, seguir diciendo que no había condiciones. Porque había que producir hechos para que se hicieran las condiciones. Y no una sola vez, en varias oportunidades me dijo: "Nosotros formaremos las condiciones, y las seguiremos haciendo nosotros o las harán otros. Pero lo que sí no podemos seguir tolerando es decir que en Cuba nada merece la pena, que hay que tratar de vivir lo mejor posible, que todos los cubanos son miserables y no merecen nada."

El decía: "Todos los cubanos se lo merecen todo, y no importa que nosotros arriesguemos algo para que esos cubanos se den cuenta de que se merecen que por ellos hagamos un hecho y quedemos ahí."

Es decir, que Abel se planteaba que había que hacer una acción para demostrarle al pueblo que todavía había dignidad en los hombres; aunque no había dignidad en los que formaban el sistema... Y quería despertar eso.

No sé si se planteaba morir o vivir. Siempre hablaba como el que iba a vivir muchos años; siempre hablaba de lo que iba a ver y siempre hablaba de lo que iba a suceder. Por eso no sabemos si hablaba porque pensaba que él lo iba a ver o porque imaginaba lo que iban a ver otros.

Pero sí, Abel era de unas condiciones de verdad excepcionales, de una bondad extraordinaria y de una rectitud tremenda, de una sensibilidad infinita; de hacer en cada momento lo que se debía hacer. Y consideraba que en ese momento había que hacer eso.

Su pensamiento político en aquel momento era Cuba, era esta Cuba. No sé qué nombre le había dado en aquel momento, porque nunca se lo pregunté; pero sé que era esta Cuba la que quería. Si decía que era necesario que todo el mundo supiera leer y escribir igual que mirar, igual que comer. Y muchas veces que pasábamos por Columbia, decía: "Cuando esto esté convertido en una escuela y ahí haya miles de niños y no miles de soldados, todo andará bien, no puede andar mal." Y esa Columbia, Ciudad Libertad, está llena de miles de niños y no de soldados.

Por eso creo que el pensamiento político de Abel era esto, pero no sé el nombre que le había dado.

## X

**ESTUDIANTE:** Yo quisiera hacerle una pregunta, volviendo a los sucesos del 25 y 26 de julio: mientras ustedes estaban en el hospital y posteriormente a toda la acción del Moncada, ¿qué fue lo que más la conmovió a usted de todo lo que sucedió allí en el hospital?

HAYDEE SANTAMARIA: ¿En el combate del hospital civil?

ESTUDIANTE: Sí.

HAYDEE SANTAMARIA: Es difícil decir lo que más conmovió, pero pudiéramos decir algunos hechos, porque es difícil algo tan grande reducirlo a una respuesta sola.

Fue un combate chiquito, pero muy grande. Fue un combate en el que ya se planteó, al ver que no había salida, morir sin una bala en el rifle. Cuando ya se vio que no había forma de salir de allí y que el combate había terminado.—eso se oía y se notaba por los tiros— nos dimos cuenta de que de allí no se podía salir; entonces Abel, que es quien dirigía aquello, planteó que había que luchar hasta que no tuviéramos una bala más. Yo misma le pregunté que qué razón había para seguir luchando y peleando si ya había terminado el combate. Entonces me dijo: "Porque mientras más tiempo estemos combatiendo aquí, más podremos salvar a otros y porque siempre un combatiente tiene que morir sin una bala en el rifle, si una bala no lo ha tumbado antes."

Eso recuerdo que me impresionó de una manera tremenda, pues no había esta conciencia de hoy, compañera, no había las escuelas, ni las universidades de hoy. Y oír aquello allí era tremendo. Hoy lo dice cualquiera, hoy lo dice cualquier maestro, hoy lo dice cualquier niño. Pero en aquel momento no.

Me impresionó por qué aquellas enfermeras, sin saber quiénes éramos —porque no se lo dijimos— nos ayudaron, por qué distinguieron que éramos buenos y no malos, por qué a pesar de ir vestidos con el mismo uniforme que usaba el ejército profesional de la tiranía sabían que no éramos soldados de la tiranía.

En un momento me acerqué a una de ellas y le dije: "¿Y por qué nos ayudas?" Dijo: "Porque son buenos." "¿Y por qué tú sabes que somos buenos?" Dijo: "Porque no son de Batista." "¿Y por qué tú sabes que no somos de Batista?" "Porque son buenos". "¿Y por qué tú sabes que somos buenos?" "Porque no son de Batista". "¿Y por qué tú sabes que no somos de Batista?" "Porque son buenos". Y no la pude sacar de ahí.

Y aquello fue algo que me impresionó de una manera tremenda; que me dijo y me planteó que merecía la pena todo tipo de sacrificio. Porque, ¿cómo una persona, una mujer que era alumna-enfermera sabía distinguir lo bueno y lo malo sin que nadie se lo hubiera dicho? Y también me sentí orgullosa, porque pensé: "No nos han confundido con los malos aunque venimos disfrazados de malos."

Y así, compañera, puedo decirte que me impresionó hasta ver caer, hasta ver morir a un enemigo. Me impresionó tremendamente ver caer a aquel que veníamos a combatir; tanto, que me paralicé. Porque pensé que aquel hombre tenía madre, tenía hijos tal vez, mujer, y no había nacido ni bueno ni malo, que le habíamos disparado porque un sistema lo había convertido en malo, o tal vez ni siquiera era malo. Y a mí me impresionó por mucho tiempo aquel primer hombre que vi caer y morir, aquel hombre que íbamos a combatir; cuando sentí caer su cuerpo, me impresionó tanto que por mucho tiempo no olvidé aquella caída.

Por eso yo les digo que es difícil hablar de esto. Me podrán decir: "¿Y por qué?" No sé, no sé. Pero no quiere decir que aquello me hiciera fla-

quear y no siguiera mirando y no siguiera viendo caer, porque no lo hacíamos por gusto, era una necesidad.

Soy enemiga ya no de matar por gusto, soy hasta enemiga de ser violenta por gusto. Creo que hay que hacer un gran esfuerzo para ser violenta, para ir a la guerra, pero hay que ser violenta e ir a la guerra si hay necesidad. Pero lo que no se puede perder ante eso, es la sensibilidad. Hay que seguir con la misma sensibilidad y calidad humanas, igual que antes de haber matado; que porque se haya matado por necesidad no es un placer matar, es un dolor matar. Pero, si es una necesidad, hay que hacerlo.

Por eso siempre, ya no en casos así, mi sistema no es la violencia sino la conciencia.

Cuando en la clandestinidad había que poner una bomba, y algunas veces me tocó a mí estar al frente de esa tarea, es decir, mandar a hombres a poner una bomba, escogía al mejor, escogía al que tenía más condiciones, escogía al que tenía más calidad humana, para que no se acostumbrara a poner una bomba, para que no sintiera placer en poner una bomba, para que le doliera poner una bomba, aunque la necesidad lo llevara a ponerla.

Y siempre, siempre que en mí recayó eso —que en nuestro movimiento unas veces eso recaía en un compañero o en otro—, cuando tenía yo la responsabilidad, muchas veces se me decía: “¿Cómo mandas al mejor?” Y decía: “Porque nunca mando al que no creo bueno; siempre mando al que creo que va a hacer eso porque es un deber, no un placer.”

Por eso les digo que ver caer a aquel que fuimos a matar, fue algo que en mucho tiempo no olvidé.

Mi impresión en aquel combate fue grande, al ver no solamente a nuestros muertos, sino a aquellos que no eran nuestros. Tanto, que no dudamos en curarlos, porque creo que el valor de un combatiente, su grandeza, su verdadero combate, no está en tirar más tiros, sino en tirar certeramente y matar cuando se debe matar; si puedo matar de un tiro, no lo mato de cuatro, porque no gozo tirando tiros.

## XI

PROFESOR: Compañera, quisiera que hablara algo del juicio del Moncada y lo que sintió cuando estuvo frente a un tribunal.

HAYDEE SANTAMARIA: Aquel juicio fue tan esperado... Pero había tantas preocupaciones por la vida de Fidel, que se combinaron las dos cosas.

Recuerdo que cuando pasábamos en las guaguas por Santiago de Cuba, ya en ese mismo minuto, empecé a querer a ese pueblo como quería al pueblecito pequeñito donde nací. Porque ya ese pueblo también había distinguido que éramos buenos, que no éramos malos. Y esas son cosas inolvidables.

Recuerdo cómo aquel pueblo quería ver el juicio. Y recuerdo cuando me enfrenté a aquel tribunal, cómo un tribunal, aún llamado de los mejores, es cobarde. Y dejé de creer en los jueces, y dejé de creer en el derecho, en los abogados, en los magistrados. Y empecé a creer en los hombres.

No sé si algunos de aquellos que estaban allí hoy serán revolucionarios —y si son revolucionarios son mis compañeros—, pero eso no quiere decir que yo pueda dejar de expresar lo que sentí.

Cuando me paré allí, aquella toga que se llamaba la justicia la detesté. Y hoy todavía sigue existiendo aquí y no la tolero.

Creí tanto en los hombres y creí tan poco en los jueces, que pensé que la justicia no me la tenían que hacer aquellos con todas sus togas y sus gorros, que nunca vi nada tan ridículo en aquel momento. Estoy diciendo lo que sentía en aquel momento. Lo encontré tan ridículo y sentí tanto desprecio por aquello, ¡y me sentí tan fuerte!

Iba presa, esposada, maniatada y me sentía más fuerte y más libre que aquellos que con la toga de la justicia me iban a juzgar. Y así fue cuando me fueron a juzgar.

Cuando me paré allí, no sentí deseos de hablar porque para mis compañeros no tenía que hablar, el pueblo no estaba allí; estaba la represión y aquellos que se llamaban "la justicia". Y sentí un momento el deseo de pararme y decir: "Ante ustedes no declaro, declararé alguna vez ante los hombres, porque ustedes me dan la impresión de mamarrachos. La justicia no se lleva en una gorra ni se lleva en un trapo negro; se lleva en la dignidad, se lleva en la verdad, se lleva en morir por defender la justicia." Y sabía que ninguno de aquellos estaba dispuesto no ya a morir, ni siquiera a oír. Pero entonces pensé también: "Como no quieren oír, van a oír." Y allí declaré y dije, los emplacé y les dije: "Sali del hospital civil con 25 compañeros y hay dos, faltan 23. Ustedes, que son la justicia, digan dónde están." Y no me contestaron.

En aquel momento, aunque dicen que no eran malos ni tan malos, sentí por ellos lo mismo que por Chaviato. Tal vez sea injusta y por eso no quiero hablar de esas cosas; pero no puedo decir algo que no es verdad. Y por eso sigo detestando esa llamada justicia y por eso estoy contra esa justicia y sigo alzada contra esa justicia, y no les pregunto nada a los jueces sobre esa justicia.

Porque creo nada más que en el análisis, en la conciencia, y no en una justicia porque me lo diga un libro. Porque un ser humano no es este vaso, que lo haces así o lo haces así, un ser humano es una vida. Y no hay diez mil libros que me puedan escribir a mí para aplicar una justicia. Aplico la justicia discutiendo, hablando, pero no aplicando mecánicamente lo que me dicen los libros o lo que me dice una ley, aunque me la haya hecho la Revolución; porque la Revolución no se equivoca, pero el hombre que hizo la ley se puede equivocar. Estoy en desacuerdo total con esa justicia, porque tengo fe en el ser humano y debe haber otro mecanismo de justicia; no el papel que diga esto y esto. Y en eso estoy alzada todavía.

## XII

**ESTUDIANTE:** Nosotros quisiéramos que nos hablara sobre **La Historia me Absolverá**, cómo supieron de ella, cómo después ustedes la divulgaron...

HAYDEE SANTAMARIA: Yo creo que de eso se ha escrito y se ha hablado, pero de todas maneras, te puedo decir que **La Historia me Absolverá**... Nosotros fuimos conociendo ya de la declaración de Fidel a través de unas vías y mecanismos que se utilizan en la cárcel que son tremendos, tanto que nos han servido para que ahora no se utilicen. A la salida de Melba y mía de la cárcel nos comunicamos con Fidel a través de Lidia, su hermana, y por esos mecanismos y vías se fue sacando. También por mecanismos y formas de los que creo que se ha escrito.

Pasamos una serie de cosas tremendas para hacer aquello. ¡Figúrate tú! Y se repartió.

La fuimos conociendo poco a poco. Unas veces nos llegaba no la página que correspondía sino la última, otras veces la primera; y tuvimos que ir la coordinando y haciendo.

Pero también ahora que me hablas de eso, recuerdo algo que Fidel siempre nos enseña a cada minuto. Fidel nos manda a decir a nosotros que saquemos 100 000 copias de **La Historia me Absolverá**. Dijimos: "Este hombre ha enloquecido en la cárcel, ¿cómo vamos a sacar 100 000 de **La Historia me Absolverá** si no podemos sacar ni 500." Entonces escribimos para allá: "Fidel, sacar 100 000 de **La Historia me Absolverá** no es posible, mira..." "¿Por qué, no tienen dinero?" "No, no es cuestión de dinero, hemos logrado una imprenta, hemos recogido dinero; es que eso es mucho." Nos contesta: "Bueno, ¿y qué problema hay entre sacar 25 y sacar 100 mil? Entonces yo me pongo a analizar: "Está todo hecho, lo único que después lograr todo eso... Vamos a darle hasta que podamos." Y efectivamente.

Después nos escribe y dice: "Miren, yo estoy en la cárcel y veo más que ustedes; ustedes tienen que sacar 100 mil. Ahora bien, 100 mil porque da el mismo trabajo sacar 100 mil que 25. Todo es lograr la preparación, toda esa cosa que hay que hacer; pero después que todo está hecho, 25 se sacan en 10 minutos y 100 mil se sacan en 24 horas. Así que ustedes sacan hasta que puedan. Ahora bien, las primeras 500 que salgan, las sacan inmediatamente de la imprenta y las ponen en lugar seguro. Y así van haciendo con 500 y 500 y 500."

Creo que logramos sacar... Yo no recuerdo; no sé si habrá algún compañero por aquí que en eso nos ayudó.

UN COMPAÑERO: Fueron 10 mil.

HAYDEE SANTAMARIA: Entonces no sacamos 100 000 sino 10 000, porque cuando llegamos a las 10 000, vimos que nos podían descubrir y que podía caer una imprenta, una gente, una serie de cosas, y que eso valía más. Entonces le mandamos a decir a Fidel: "Sacamos nada más que 10 000 por esto y esto." Y contestó: "Por eso yo les dije que sacaran 100 000, que sacaran hasta donde pudieran. Ahora, si les digo que saquen 500, ustedes se preparan para 500 y no hubieran sacado 10 000."

Eso lo relato para que vean cómo eran las cosas...

Pero eso fue fácil. Fuimos conociendo **La Historia me Absolverá**, fue saliendo por párrafos, la íbamos sacando por vías distintas, y la íbamos componiendo y la íbamos llevando. Conseguimos un dinero.

También podemos decirte que cuando ya la teníamos, no teníamos cómo repartirla, ni teníamos máquina, ni un "quilo". Y recuerdo a unos compañeros, entre ellos Gustavo Ameijeiras, que me dijo: "Mira, si me consigues 45 pesos me venden un cacharro." Conseguimos los 45 pesos, compramos el cacharro. Entonces dijo: "Mira, si me consigues dos pesos, le echamos gasolina." Conseguimos los dos pesos y le echamos gasolina y le llenamos todo aquel baúl de **La Historia me Absolverá**. Llegó hasta Oriente con ella.

Cuando regresó, le pregunté: "Ven acá, ¿y cómo fue posible eso?" Dijo: "¡Ah!, pues muy fácil, porque dondequiera que iba me encontraba a un amigo; pero no un amigo revolucionario, de esos amigos que uno tiene por ahí que no sabe qué son, si son o no revolucionarios. Me decían: —¿Ya te tranquilizaste, ya te dejaste de locuras? —Sí, chico, cómo no; ahora ando en una empresa ahí..."— la inventó él, creo que de seguros de vida. "Pero, figúrate, ahora tengo unos cuantos que hacer en Santa Clara, pero no tengo un "quilo" y el tanque de gasolina..." y lo invitaban a tomar un café con leche. Así llegó a Santa Clara. . . Y así llegó hasta Oriente.

No iba a donde estaban los revolucionarios, porque él suponía que ir a donde estaban los revolucionarios podía traer dos cosas: o que no tuvieran dinero, o entregarse con su maquina, su cacharrito.

Entonces llegaba a los que no estaban. . . Por lo menos, él no sabía si eran revolucionarios, y muchos no lo eran, y les hacía una historia, un cuento, que ya se estaba formalizando, que ya no estaba en esos lios de revolución, que había formado un negocio, que se yo. . . Entonces les decía: "Pero mira, fíjate, ahora cuando haga este seguro en tal lugar, voy a coger tantos pesos; échame ahí \$1.50 de gasolina." Y le echaban el \$1.50 de gasolina. Y así llegó ese compañero a Oriente y repartió **La Historia me Absolverá**.

Que también ahora se dice: "¡Qué fácil!" Yo les diría que eran difíciles los \$45.00, difícil comprar el cacharro, y a nombre de quién se comprara. ¿Por qué a nombre de quién? Si lo compraba a nombre de uno de nosotros, estaba cogido. ¿Quién se prestaba a comprar el cacharro a nombre de nosotros? Así que no eran solamente los \$45.00.

Entonces el problema fue que él no compró el cacharro, sino que alquiló el cacharro. Y como alquiló el cacharro, pues tenía todas las cosas en regla, no estaba a nombre de él y no tuvo problemas.

Eso también es una cosa que parece tan fácil ahora. . .

### XIII

**FAMILIAR DE UN MARTIR:** Yo quisiera que la compañera hablara del primer aniversario del ataque al Cuartel Moncada, el primer año; cuando se fue al cementerio y se repartió **La Historia me Absolverá**.

**OTRO COMPAÑERO:** Que tú te fajaste con la policía y todo. ¿Tú te acuerdas, Haydée, que le dieron golpes a Lidia, la hermana de Fidel. . .?

**HAYDEE SANTAMARIA:** Yo creo que tendrá que venir una de las compañeras a narrar esto, porque de verdad que tengo una nebulosa en eso.

Yo recuerdo que fuimos y recuerdo que una compañera también me quitó de delante a un policía porque me fajé con él.

FAMILIAR DE UN MARTIR: Sí, sí. Tú te fajaste con el policía y le decías: "Mátame, que yo sí es verdad que no tengo miedo; mátame, cobarde." Y tuvo que irse.

HAYDEE SANTAMARIA: Mal hecho aquello, mal hecho. Porque el objetivo era celebrar el aniversario y no era que me mataran; pero bueno, hacía un año también... Fue una cosa mal hecha, no era una cosa de valor.

#### XIV

ESTUDIANTE: Había una compañera aquí que estaba interesada en preguntarle el proceso de la cárcel, que eso es muy interesante también; porque allí también se combatía.

HAYDEE SANTAMARIA: Nosotros, en realidad, no podíamos combatir mucho porque éramos Melba y yo solas presas.

ESTUDIANTE: No, los compañeros que estaban...

HAYDEE SANTAMARIA: Ah, después que Melba y yo salimos... Fue tremendo aquello.

ESTUDIANTE: No, estando allí, los compañeros...

HAYDEE SANTAMARIA: Ah, ya en Boniato...

ESTUDIANTE: El proceso de los 6 meses a que estuvieron condenadas.

HAYDEE SANTAMARIA: Fue un proceso de quietud, o por lo menos yo me sentía muy quieta, no sé; porque estábamos Melba y yo presas allí, no podíamos hacer nada, no fue como cuando estábamos en Santiago, que pasamos dos meses con todos los compañeros, y si había una combatividad, porque había un objetivo, estaba el juicio, la preparación del juicio, la Marcha del 26 de Julio, que se sacó allí mismo. Entonces, estábamos con un espíritu combativo, y esos dos meses en Boniato fueron magníficos, maravillosos, tremendos, de combate contra la tiranía.

Pero en Guanajay para mí fue un proceso de... estar tirada en una cama, leyendo. No podíamos hacer nada más. Estábamos solas, no había más presas políticas, lejos de los compañeros, no teníamos nada que hacer. No sé si algún día dimos un escándalo allí por gusto, no sé. Para mí aquello fue un proceso de quietud, más bien el impacto fue cuando salí.

La cárcel para mí no fue dolorosa. Primeramente en Boniato fue muy buena porque fue muy combativa, fue llevar adelante el juicio, fue luchar por la vida de Fidel, y fue luchar por nuestros muertos; fue luchar desde allí para que no los desaparecieran. No era que creyéramos en polvo ni en hueso, pero era darle también un golpe a la tiranía, que no nos arrebatara ni nos desaparecieran nuestros muertos, aunque en definitiva nuestros muertos están en cualquier parte. Pero de todas maneras allí era también combatir y luchar porque no los desaparecieran. Y desde allí dirigimos la tarea de cómo se debería hacer en Santa Ifigenia y en otros lugares para que no nos desaparecieran esos cadáveres.

Así que Boniato fue bueno, combativo; Guanajay fue terrible, por la quietud, por el no hacer nada, por el no poder hacer nada. . . Pero en cambio, la salida sí fue un choque tremendo, fue otra vez enfrentarnos con ese maravilloso sol, con esas maravillosas palmas, y verlas, y saber que otros no las verían; fue enfrentarnos con la realidad, con la desesperación de cómo se encauzaría nuestra vida, quién nos daría trabajo, cómo nos podríamos sostener para poder combatir.

En aquellos momentos mi familia ya tenía mucha conciencia y entendía mucho nuestra lucha; pero de todas maneras no cabía la menor duda de que querían que fuéramos para la casa, nosotros vivimos siempre en el Central Constancia, hoy Central "Abel Santamaria", todavía mi mamá vive allí y mi papá hace dos años que murió allí. Aunque Abel y yo vivíamos aquí en La Habana, no quiere decir que allí no fuéramos los fines de semana, esa Semana Santa en que no había trabajo, vacaciones, diciembre; aunque vivíamos aquí, aquel vínculo con la familia y el pueblo, nuestro pueblo, no se había cortado.

Entonces mi familia quería llevarme para allá, naturalmente, porque aquí, en La Habana, estaba sola, caería otra vez presa. Por lo menos con mis padres y mis hermanos ya no había problemas de incompreensión, sino un problema de que en aquellos momentos Melba y yo no podríamos hacer nada, al contrario, querían llevarse a Melba para allá también. La lucha de ellos era por llevarnos a Melba y a mí para allá, porque en un pueblo pequeño y en un central es distinto; sobre todo, mi familia tenía allí relaciones, era una familia —no podemos decir de las más humildes—, de esas familias que en un pueblo representan algo, aunque en La Habana o en una gran ciudad se perderían. Y no solamente querían llevarme a mí, sino llevar a Melba.

Aquello era desesperante, era desesperante no ya sentirme presa por la tiranía, sino sentirme presa en un pueblo, pequeño pueblecito: digo pueblo en este sentido de amistades, vecinos que me querían mucho; había nacido ahí, entonces se pasaban la vida vigilándome; era desesperante aquello. Pero fue bueno para poder convencerme de que había que seguir viviendo y luchando, sin Abel y sin Boris, que en el caso personal eran casi quienes decidían mi vida; Abel que me tenía aquí, que me quitaba la opresión. . . Ya tenía que vivir sin ellos; además, sin todo lo que ellos eran, también sin lo que ellos significaban para yo poder luchar.

Y fue terrible esa salida, fue terrible porque a nosotros en la cárcel no nos dejaban salir de la celda, en Guanajay, nada más que un día de visita que teníamos, nos traían por un patio que era un patio donde no había ni sol ni aire.

Cuando salí a la calle después de esa condena, fue más terrible la salida que la condena, porque era enfrentarse con todas aquellas cosas maravillosas que yo creía no volvería a ver, y que no iban a verlas tantos de los que deseábamos que las vieran.

Pero de todas maneras seguimos adelante, vinimos para La Habana, vivimos en casa de Melba. Eran momentos muy difíciles. Melba no podía trabajar. El padre de Melba con una inseguridad tremenda porque está-

bamos ahí, en su casa; éramos dos peor que la enfermedad. Pero de todas maneras seguimos ahí, y seguimos luchando hasta que ya salieron nuestros compañeros de Isla de Pinos y salió Fidel de Isla de Pinos. Y fue vivir otra vez, fue luchar otra vez, fue la acción otra vez, fue ya otra vez la vida.

## XV

FAMILIAR DE UN MARTIR: Pero desde el momento que estaba en casa de Melba, con la incorporación de Manuel y Elena, que siempre se reunían allí, empezó ya inmediatamente a gestarse aquello. . .

HAYDEE SANTAMARIA: Naturalmente. No quiere decir que nosotras nos quedáramos quietas en ningún momento, pero es que nos parecía poco, ¿te das cuenta? Melba y yo desde que salimos de la cárcel no dejamos un minuto de hacer algo, pero no nos sentíamos satisfechas, nos parecía poco, aun con todas esas imprudencias que cometíamos. No nos sentíamos plenamente satisfechas, necesitábamos más acción, hacer más. Y las dos nos desesperábamos por no poder hacerlo. Claro, hacíamos, y tuvimos compañeros que cooperaron enormemente con nosotros, inclusive compañeros a los que no les importaba que nosotros fuéramos "la peste", y compartían eso con nosotros, esa "peste" con nosotros. Pero aun esos compañeros se desesperaban también. No quiere decir que no esperábamos la dirección de Fidel. Melba y yo, sobre todo, estábamos convencidas de lo que se iba a hacer cuando Fidel pudiera salir. No es que no hiciéramos nada, sí, hacíamos, pero yo no sé. . . Tal vez al que nos viera allí le parecería que hacíamos mucho, pero a Melba y a mí no nos parecía así. . . Un desespero de no hacer nada. Claro, quien nos viera así podía decir: "Estas mujeres todavía. . ."

ESTUDIANTE: El problema era que no se perdiera el espíritu.

HAYDEE SANTAMARIA: No, eso no se perdió ni en la cárcel, ni en el Moncada, ni aun en el subconsciente en esos momentos que yo les he narrado en que es peor estar viva que muerta. Creo que ni aun en esos momentos se llegó a perder.

## XVI

ESTUDIANTE: Compañera: quisiera preguntarle qué hechos anteriores al Moncada hicieron que ustedes adquirieran esa fe en Fidel; que nombre algunos hechos. . .

HAYDEE SANTAMARIA: Mira, nosotros —como creo que mucha juventud en esa época— estábamos en distintos grupos. Había un tal "Triple A", otro. . . Ya a mí se me han olvidado todas aquellas letras. Era una cosa tremenda. Que si venía quién sé yo, que si venía qué sé cuánto. . .

Y nosotros, en aquel momento del 10 de marzo, estábamos dispuestos a luchar con cualquier grupo porque nos parecía que lo más importante era no admitir aquello que se nos había impuesto, y por lo menos era una forma de luchar contra aquello aunque no hubiéramos estado de acuerdo con todo lo anterior. Y así estuvimos hasta que nos encontramos a Fidel.

Cuando nos encontramos a Fidel, todo empezó a hacerse posible, todo fue hablar de una verdad y una realidad; y partir de algo: que no teníamos nada.

Y cuando veíamos a todo un mundo de gente que decía que tenía tanto y más cuanto, y 10 mil y 50 mil y 40 mil aviones... ¿qué sé yo! Casi para la guerra mundial era todo lo que tenían ellos. Entonces nos encontramos a Fidel que dice: "No tenemos nada, no hay nada, y hay que buscarlo; y el problema aquí ya no es de cantidad, sino de empezar."

Y empezamos con unas ametralladoras que yo creo que jamás dispararon. Entonces aquello fue ya algo, algo. Hasta que ya, con la dirección de Fidel, se pudieron ir logrando una serie de cosas, una serie de balitas, una serie de rifleitos con los que podíamos practicar. Y aquellas balitas y aquellos rifleitos a nosotros no nos parecían rifleitos ni balitas; la verdad es que nos parecían cañones.

Ya se hablaba de lo que se iba a hacer, aunque no se concretara el hecho en sí porque aquello era muy secreto. Fidel nos enseñó que aquello se iba a hacer por ser secreto. Empezaron a buscárenos tareas, a dár-nos tareas, y nosotros veíamos una serie de cosas.

También en el caso personal mío... para mí hasta ese momento, Abel era la persona que yo había conocido con más condiciones para dirigir una acción; y aquella gran fe de Abel en Fidel, aquella gran pasión, que ya la fe era algo que se convertía en pasión de todo, de lo que Fidel podía hacer, de todo lo que iba a hacer en mí, no cabe la menor duda de que influyó mucho también.

Pero después su actitud en el Moncada, después su acción en el Moncada; después su actitud en la cárcel, después su acción en la cárcel... ¿Te das cuenta?

ESTUDIANTE: Fue lo que definió ya su duda entre Abel y Fidel, ¿no?

HAYDEE SANTAMARIA: No, mi duda entre Abel y Fidel, no.

ESTUDIANTE: No duda precisamente, pero sí ya la personalidad de Fidel ahí...

HAYDEE SANTAMARIA: No, la personalidad, de verdad les digo, la personalidad de Fidel... A mí me ha molestado siempre mucha gente que dice: "¿Fidel ha cambiado mucho, cómo ha cambiado Fidel!" Mira, Fidel ha cambiado igual que todo el mundo. Claro que si Fidel se hubiera quedado como cuando el Moncada, imagínate tú, sería un anormal; porque aun nosotros, que no somos Fidel, hemos cambiado, ¿no? Aun nosotros, que no somos Fidel... Les hablo de esa transformación que yo tuve, así que, naturalmente, quiere decir que Fidel tiene que haber cambiado a millones; porque si yo cambié, que soy una hormiga al lado de un elefante, imagínate cómo cambiaría el elefante.

Pero sí me molesta cuando hay gente que es de esa época y generación de Fidel, que se encuentra a una y dice: "Bueno, ahora sí yo estoy con Fidel, porque Fidel ha cambiado mucho." Y yo le digo: "Chico, la verdad es que el que cambió fuiste tú, porque a los tres días de yo conocer a Fidel no tuve dudas. Así que Fidel no ha cambiado, el que cambió fuiste tú; y es bueno que hayas cambiado y es correcto que hayas cambiado."

Pero no me vengas con el cuento de que Fidel ha cambiado, el que cambió fuiste tú, yo no era compañera de Fidel en la Universidad como tú, yo no lo conocía como tú, y a los tres días de ir Fidel a mi casa yo te digo a ti que ya quien me dirigía a mí no era Abel, era Fidel. Y eso nada más que lo hace alguien de una personalidad y de unas condiciones tremendas, ¿no?, porque yo te digo que Abel para mí no era cualquier cosa; y ya a los tres días..."

Y yo me he encontrado sobre todo a muchos universitarios que me dicen casi con un orgullo: "Tú sabes que yo soy del curso de Fidel. Oye, ¿pero tú sabes lo que pasa? Que ahora yo sí... Porque, oye, ¿cómo cambió Fidel!" "No seas bobo, chico; mira, di que cómo tú has cambiado y que por suerte para ti has cambiado, porque Fidel no ha cambiado." Fidel es el mismo, con una serie de cosas más que lo van transformando, porque lo que no se transforma no existe, ¿no? Y Fidel, imagínense qué transformación es. Pero no para que alguien que lo conociera en la Universidad me venga con el cuento ahora de que no tenía fe en él; porque ahí sí es verdad que digo: "¿Qué imbécil eras, mi hijito, porque yo en tres días...! y no soy tan inteligente."

Porque yo les digo que el cambio mío inmediatamente de aceptar el mando de Fidel no era solamente porque Abel lo aceptaba, sino porque Fidel era Fidel, Fidel, Fidel.

## XVII

ESTUDIANTE: Compañera, yo quisiera ver si usted me puede contestar esta pregunta. Cuando ustedes fueron a asaltar el Cuartel Moncada, los compañeros que no lo quisieron asaltar, los diez compañeros que no lo quisieron asaltar, ¿qué fue lo que hicieron?

HAYDEE SANTAMARIA: Mira, allí aquella noche todos los compañeros estaban preparados para ir a un combate. Además, muchas veces se habían movilizado anteriormente y se creían que era para el combate, ¿te das cuenta?

Es decir, no fue la primera vez que se hizo una movilización para ir a un combate, sino que en varias oportunidades se había movilizado a esos compañeros para que ellos creyeran que era el combate, para probarlos. Y todos los compañeros habían respondido presente siempre, y se creían que era el combate; se presentaban decididos en el lugar indicado, y decían: "¿Para dónde? ¿Cuándo? ¡Vamos!"

Entonces, el día que se movilizó para el Moncada, para la acción del Moncada, también hubo esa movilización. Y todos fueron al lugar. Pero en muchas oportunidades habían ido a otros lugares cercanos a La Habana, Pinar del Río... Siempre se les hacía ver que se iba a un combate para probar los que estaban decididos.

Aquella noche, ya Fidel les habló de que aquel día sí era un combate como para los que se habían movilizado muchas veces; que el combate era de una desigualdad tremenda, y que por lo tanto había que prepararse no solamente para triunfar en el sentido de triunfar en la toma del

cuartel, sino para otro tipo de triunfo también; que era una acción encaminada a un hecho; que si no se podía lograr el objetivo, lo correcto era volver otra vez a Siboney rápidamente, recoger un poco de parque que se había dejado en previsión de eso —es decir, que aunque poco, se tenía esa preocupación—, y que cada uno con su rifle volviera, porque no había la menor garantía; que por un factor sorpresa siempre podía haber una falla —la que hubo—, y si no se lograba la acción, el objetivo, entonces se debía volver otra vez ahí para seguir combatiendo. Que si se lograba en algunos lugares haber adquirido algunas armas, regresar con esas armas, y si no, con las que llevábamos y aquel poquito de parque que se había dejado guardado, ir hacia la montaña; que en la montaña la lucha seguiría, no sabíamos hasta cuándo; que era dura. Que si lográbamos tomar el cuartel, se le entregarían armas al pueblo y se resistiría en Santiago hasta que se pudiera; y ya cuando no se pudiera resistir en Santiago, con las armas adquiridas, más parque adquirido y además muchas personas que teníamos la seguridad de que iban a seguirnos, iríamos también hacia las montañas. Algunos compañeros en aquel momento dijeron que no tenían fe en la acción, que eso era una locura, que eso no se podía lograr. Parece que aquellos compañeros se hacían la idea de que nosotros teníamos aviones, y todas esas cosas, o se acobardaron sencillamente. Entonces ellos tomaron una máquina que inclusive se les dejó, se les dijo que fueran los últimos y que salieran todos y que lograrán ir para La Habana, ya que no se obligaba a nadie a que fuera ahí, a ese ataque.

Nosotros, por muchos hechos y muchas cosas que no son subjetivas, consideramos que aquellos compañeros se adelantaron un poco y desviaron otras máquinas. Porque iba una máquina detrás de otra, y nada más había un guía; es decir, se sabía que la que seguía a Abel hasta tal punto iba para tal lado, la otra para la Audiencia y la otra para el cuartel, y lo más que podía suceder en aquello era que algunos se equivocaran y en vez de ir al cuartel fueran al "Saturnino Lora" o fueran a la Audiencia, y eso no era una cosa de tanta gravedad; o algunos se podían desviar hacia el cuartel, que se temía eso, porque todo el mundo quería ir al cuartel. Pero esa máquina que iba para La Habana, se adelantó, se desvió cuando llegó a la ciudad, y eso hizo que otras máquinas siguieran a esa y que se desviarán, lo que causó algo que fue fatal, no solamente por todo el aporte que esos compañeros hubieran podido dar, sino porque ellos sí estaban decididos a la lucha —me refiero a los que se desviaron. Y siguieron dando vueltas y vueltas por Santiago de Cuba, y también fueron cogidos muchos y asesinados muchos, por su decisión de que ellos sí no se iban.

Todo aquello resultó una cosa tremenda. No se hizo ningún juicio contra ellos, se les dejó salir. Tal vez la cosa más grave que cometieron fue salir y adelantarse al grupo; pero también salieron delante del grupo después que llegaron a Santiago, porque antes de llegar a Santiago era muy difícil, en la carretera era difícil que se lo pudiéramos permitir nosotros.

Y esos diez... Yo no sabría decirte, sé que era un grupito... Lo que pasa es que se ha escrito...

ESTUDIANTE: Yo creo que no eran tantos, eran tres o cuatro.

HAYDEE SANTAMARIA: Yo no sé. Eso también fue una cosa no muy pública allí, porque Fidel con su tremenda comprensión no quiso poner a esos hombres en la picota. Y entonces dijo: "Un grupo que no quiere, debe... Hagan esto y esto otro." No se dijeron mucho los nombres; fue algo a lo que no se forzó a nadie. Entonces Fidel ya en aquel momento tenía esa misma sensibilidad y fibra humana de la que nunca se ha desprendido, aunque tenga que tomar actitudes tremendas en un momento determinado. Porque yo te diría que una de las cosas que Fidel dijo allí fue: "No disparen por gusto; no maten por gusto." Eso mismo, eso que lo llevó a decir: "No maten, no disparen", lo llevó también a no llevar a éstos que no estaban decididos... inclusive, no los consideró traidores, sino que no estaban en ese momento en condiciones de ir al plan. Pero no recuerdo cuántos eran, no sé si se ha escrito... No recuerdo.

Además, tal vez algún compañero de éstos haya tenido después grandes actitudes heroicas, y tal vez alguno hoy ni viva porque haya muerto en Girón, o acá, o allá. ¿Te das cuenta? Porque un hecho solamente no decide la vida, siempre y cuando no sea traidor.

Yo creo, compañeros, que en definitiva no sé si les he hablado cosas que a ustedes les interesan, y si se ha logrado lo que aspirábamos. Porque esto en realidad es un ensayo, pudiéramos decir...

## XVIII

FAMILIAR DE UN MARTIR: Oye, Haydée, hay algo que la compañera te había preguntado; sobre Renato Guitart aquella noche.

HAYDEE SANTAMARIA: Mira, Renato Guitart aquella noche... Y no solamente aquella noche; nosotros convivimos con Renato Guitart algunas noches, porque Renato y Elpidio eran los compañeros que estaban con Abel allí fijos. Con Renato, fueron algunos días y algunas noches las que compartimos. Renato, a pesar de ser uno de los compañeros que no conocíamos, aunque lo habíamos visto alguna vez, era un compañero clave, a quien nada más conocían Fidel, Tizol, Abel, los compañeros que sí sabían cómo era todo, porque él tenía algunas cosas que sí eran objetivos muy precisos, que no se podían...

Entonces no lo conocíamos, lo habíamos visto una vez, y no sabíamos ni su nombre, que había llegado al apartamento de 25 a llevar o a traer algo. Pero en aquellas tres o cuatro noches, tres o cuatro días que conocimos a Renato, nos pareció que había sido la misma cosa, un compañero de los mismos que habíamos estado siete, ocho, diez meses, conviviendo y haciendo aquello.

Aquella noche con Renato fue igual que con muchos de los compañeros; muchas conversaciones, muchas cosas, pero nada específico. ¿te das cuenta?, porque era un compañero queridísimo, es más, era un compañero que habíamos conocido tres o cuatro días y que llegó a parecernos que había sido de los que había estado con nosotros desde el comienzo. Por-

que no quiere decir que él había trabajado tres o cuatro días nada más; quiere decir que nosotros no lo habíamos conocido, que había trabajado en los primeros momentos, pero no lo habíamos conocido.

En aquellos tres o cuatro días conocimos que era un compañero a darse completamente, muy alegre, de un optimismo tremendo. Comimos, cocinamos, cantamos, hicimos una noche grande también. Así, algo concreto de Renato no...

ESTUDIANTE: Pero la actitud de él esa noche, ¿cómo fue?

HAYDEE SANTAMARIA: Te lo estoy diciendo: era todo optimismo, era todo alegría, era todo trabajo, no paró un minuto, porque como él era el que conocía Santiago todo, y además, era el que no se sospechaba de verlo porque era de allí... Trabajó tal vez esa noche más que cualquiera, por su condición de santiaguero al que conocían. Era un compañero lleno de optimismo y lleno de alegría y lleno de fe. Melba y yo hemos comentado muchas veces que parecía que Renato estaba en algo como el que iba a un trabajo agradable, a una fiesta agradable, además, de una fe tremenda. El era optimismo todo.

Esa fue la actitud de él esa noche, porque esa noche fue tan llena de cosas que tampoco te puedo decir toda la noche porque para mí... Yo te he contado qué fue esa noche, fue una noche llena de todo y quererme llenar de todo también. Entonces era un poco difícil concentrar la atención en un solo compañero.

Bueno, yo creo que... ¿Cuántas horas son las que yo llevo aquí hablando?

ESTUDIANTE: Como tres horas.

## XIX

HAYDEE SANTAMARIA: Miren, les digo de verdad, no es que yo pueda decir que me sienta insatisfecha de reunirme con ustedes y de esta conversación, pero no plenamente satisfecha. Porque hay cosas que es difícil recordar en una noche o que es difícil decirlas, y que éstas son cosas para contar en un salón solos sin estos "tarecos" (señala a los micrófonos). Entonces yo les diría que no es lo mismo, yo no creo que es la misma conversación que yo he tenido con algunos otros compañeros, con los que he empezado a hablar sin querer y nos ha llevado a esa conversación, y hemos conversado horas, y hemos recordado cosas tremendas.

Aunque me siento bien ya, pero hay veces que yo no les puedo ver ni las caras a ustedes, porque sobre todo, cuando las luces están encendidas yo no les veo las caras a ustedes. Y no cabe la menor duda de que ver la cara, saber si están deseando que se diga eso, saber si están sintiendo eso, saber si quieren que se les siga hablando de eso, hace mucho en uno; y hay momentos en que yo estoy hablando sin verlos a ustedes.

ESTUDIANTE: En otra oportunidad quizás podríamos reunirnos...

HAYDEE SANTAMARIA: Yo creo que es bueno para estos compañeros de las escuelas que están estudiando, y no yo sola... Yo tenía un poco de miedo. Decía: "Mira que éstos son compañeros que están estudiando

Ciencias Políticas", y yo les tenía miedo a los de Filosofía, yo les tenía miedo por ahí a algunos. ¿Cuáles eran, que ahora no me acuerdo...? Pueden esperar de una otra cosa, otra conversación, un poco por la leyenda que tal vez uno pueda tener, tal vez hasta por el grado de afecto que ustedes puedan sentir hacia una por lo que representa; y por lo que representó en el propio Moncada, por lo que me liga a los compañeros; decía: "Pueden esperar mucho, y fijate que las cosas cuando son demasiadas no se pueden contar como son." A lo mejor un día cualquiera, con un compañero cualquiera conversamos y sale todo mucho mejor. También tenía miedo: "¿Cómo son los alumnos allá? ¿Se consideran verdaderos profesores?" Entonces uno se siente un poco... ¿te das cuenta? Los de Filosofía... Hay cierta cosa que lo cohibe a uno. A lo mejor con esos mismos alumnos con que estoy hablando, si se reúne un grupito, me encuentro con él o nos encontramos, hacemos un grupito y resulta mejor: Eso es un defecto mío, no lo puedo remediar. En cambio, yo les diría que cuando me pongo a hablar de otra cosa, como cuando me pongo a hablar del Partido, eso ya es otra cosa... Me parece que estoy en una actitud de arenga, porque es distinto.

Es que mientras más pasan los años más grande se hace ese hecho, porque la Revolución es más grande y ha hecho el hecho más grande; mientras más se avance en la Revolución, mientras más haga este pueblo, más grande será el Moncada. Entonces nos será más difícil cada día hablar del Moncada.

EDITADO POR LA COMISION DE ORIENTACION REVOLUCIONARIA  
DEL COMITE CENTRAL DEL  
PARTIDO COMUNISTA DE CUBA